

Índice

Contra la indiferencia	
Alba Sidera	7
Entrevistas	
Marcia Tiburi	27
Cas Mudde	47
Proyecto Una	65
Mark Bray	89
Moha Gerehou	109
Ruth Ben-Ghiat	129
Jordi Borràs	141
Olga Rodríguez	165
Epílogo	
Miquel Ramos	187

Contra la indiferencia

En septiembre de 1938, Liliana Segre contaba ocho años y era una niña italiana como las demás. Nacida en Milán, su madre había muerto cuando ella tenía pocos meses de vida. Estaba muy unida al padre, Alberto, un hombre apuesto, de mirada clara, sensible y convencido antifascista, que cuidaba de su única hija y sus padres, mayores y enfermos. Los días 5 y 6 de aquel mes, Mussolini firmó los dos primeros decretos raciales por los que se prohibía la instrucción pública a estudiantes y profesores judíos y se ordenaba a los judíos no italianos que se marcharan del país. Fue el inicio de las infames leyes raciales que terminarían con la deportación de miles de italianos judíos, y también gitanos, a los campos de exterminio nazis.

De familia no practicante, Liliana no tuvo conciencia de ser judía hasta que le dijeron que no podía volver a la escuela por este motivo. «Cuando la maestra me dijo: “¡No las he hecho yo, las leyes raciales!” comprendí que la indiferencia duele más que una bofetada. Aquella indiferencia se convirtió en mi enemiga personal», explica Liliana.

Alberto consiguió hacerle unos documentos falsos a la pequeña y esconderla en casa de unos amigos durante un tiempo, hasta que la situación se volvió insostenible. El 10 de septiembre de 1943 decidieron huir del

país hacia Suiza, junto con unos primos. Lograron cruzar las montañas, pero una vez en la frontera se produjo una situación esperpéntica: los guardias suizos no los dejaron pasar porque creían que Alberto era un desertor que fingía ser judío. Por la caricatura racista que había hecho de ellos el fascismo, consideraron que su aspecto atractivo no podía ser «de judío». Al día siguiente, los camisas negras, la policía fascista, los detuvo. Y comenzó el infierno.

Los fascistas los encerraron en la cárcel. Y el 30 de enero de 1944 pusieron a Alberto, Liliana y sus abuelos en un tren en la estación central de Milán en dirección al campo de exterminio de Auschwitz. Llegaron allí después de siete interminables días en los que fueron tratados como ganado. Viajaban con toda una residencia de abuelos de Venecia, la mayoría rondando los noventa años. Nada más abrir el tren, los nazis condujeron a todos los ancianos hacia los hornos crematorios, apaleándolos por el camino. A Alberto y a sus abuelos, Liliana no volvió a verlos nunca más. Los nazis los mataron poco después de llegar a Auschwitz. En el campo, Liliana realizó trabajos forzados durante un año en la fábrica de municiones Union, propiedad de Siemens. Tras efectuar la marcha de la muerte —fue transportada a pie de Auschwitz a Ravensbrück—, fue liberada por la Armada Roja rusa el primero de mayo de 1945. De las 776 criaturas italianas de menos de catorce años que fueron deportadas a Auschwitz, Liliana fue una de las únicas veinticinco que sobrevivieron.

Cuando regresó de aquel horror, Segre pasó unos años en los que sentía que no encajaba en un mundo que tenía prisa por olvidar el dolor y vivir con despreocupación, y que esperaba de ella que fuera dócil y resignada, es decir, que estuviera callada, que no molestara. El rol que se suele asignar a las víctimas, y más si son mujeres. Hubieron de pasar cuarenta y cinco años hasta que un día, hablando con otra superviviente del Holocausto, decidió que dedicaría el resto de su vida a hacer pedagogía

para que aquello no volviera a ocurrir. A servir de testigo del horror del fascismo y el nazismo. Y así ha sido. En reconocimiento a esta tarea ingente, el presidente de la República, Sergio Mattarella, la nombró en 2018 senadora vitalicia. Es un cargo más bien simbólico y cuando llegó al Senado se la trató con cierta condescendencia. Ahora era una «abuela» de ochenta y ocho años y muchos esperaban de ella, de nuevo, que fuera dócil y estuviera en un segundo plano. Cuando habló, sin embargo, estalló la sorpresa. Desde su primer discurso, Segre se convirtió en el gran referente de dignidad, coraje y coherencia antifascista del país.

Con una presencia imponente, de mujer sabia y autoritaria, Segre hizo lo que no había conseguido nadie hasta entonces, hacer frente a Matteo Salvini y dejarlo en ridículo, sin palabras. Se estaba constituyendo el gobierno de coalición apadrinado por Steve Bannon entre el movimiento 5 Estrellas y la Liga de Salvini, y el *leghista*, que alcanzaría los cargos de *vicepremier* y ministro del Interior, empezaba a ser muy popular. La última perla que había soltado es que Italia haría un censo étnico de gitanos para ver cuántos podría expulsar. «Los que tengan nacionalidad italiana, desgraciadamente, tendremos que quedárnoslos», había dicho Salvini refiriéndose a sus conciudadanos gitanos.

El político xenófobo había explotado el antigitanismo presente en Italia —el país lidera los *rankings* europeos de racismo contra el pueblo gitano— hasta límites inimaginables. Decía que los «echaría a todos» y utilizaba metáforas de ganado y de limpieza para referirse a dejar sin casa a miles de personas. La excavadora con la que decía que derribaría todos los asentamientos de gitanos del país se convirtió en el símbolo de Salvini. Creó todo un *merchandising* de ello: llevaba sudaderas, gorras y camisetas y en sus mítines se vendían tazas, mecheros y bolsas con la imagen de una excavadora. En algunos

mítines televisados incluso aparecía sobre una excavadora de verdad, y hacía campañas repartiendo entre los niños excavadoras de juguete «para echar a los gitanos, que roban y ensucian». Salvini se erigió en el líder más popular del país, después de esta campaña. Entretanto, los actos de racismo y las agresiones contra los italianos gitanos (y también contra quien pareciera «de fuera») iban en aumento, y crecerían durante toda la legislatura. Si todo un ministro de Interior podía decir que los refugiados son «carne humana» y que los gitanos deben ser «expulsados» por el hecho de ser gitanos, el racismo cotidiano quedaba legitimado.

Liliana Segre alertó del hecho que el clima que se vivía en Italia se parecía demasiado al que se respiraba al inicio del fascismo. Vio en las palabras de Salvini contra los gitanos el mismo odio con que Mussolini había empezado a marcar a los judíos. «Llevo en el brazo el número de Auschwitz y tengo el deber no solo de recordar, sino también de dar la palabra a aquellos que hace más de ochenta años no la tuvieron», dijo, arremangándose la camisa. Hizo memoria a los senadores presentes, entre ellos Salvini: aparte de los judíos, otras minorías, como los gitanos, fueron deportadas por el fascismo y exterminadas por los nazis. «Hoy quiero recordar especialmente a la población romaní y sinti», dijo. Explicó que al llegar a Auschwitz, los otros deportados tenían envidia de ellos, porque, a diferencia de los demás, a quienes separaban nada más llegar, a las familias gitanas las dejaban juntas. La envidia duró pocos días, hasta la mañana en que los nazis llevaron todas las familias gitanas, en masa, a las cámaras de gas. «Si nuestra democracia se ensucia con leyes especiales contra romanís y sintis, ¡me opondré a ellas con todas mis fuerzas!», exclamó.

Quedan pocas personas en Italia que puedan ejemplificar tan bien la dignidad y la resistencia de lo humano frente al mal absoluto del nazismo como Liliana Segre.

Y, con todo, haberse enfrentado a los que coquetean de nuevo con el fascismo le ha traído consecuencias. Seguidores de Salvini y simpatizantes de la extrema derecha en general iniciaron una campaña de odio contra la senadora el mismo día del discurso. Cada vez que habla, las redes se inundan de insultos infames, amenazas, fotomontajes de Segre en una cámara de gas. Según la familia, recibe un promedio de doscientos ataques en las redes al día. La situación se volvió peligrosa enseguida, porque recibió amenazas de muerte. Por eso, la prefectura de Milán consideró necesario asignarle una escolta policial. Que una mujer que ha sobrevivido a los campos de exterminio nazi tuviera que empezar a llevar escolta policial a los ochenta y nueve años debería avergonzar a todo el país. Sin embargo, Salvini lo minimizó. «Yo también recibo amenazas», dijo. Una de las muchas diferencias es que Segre las recibe de aquellos a quienes Salvini espolea.

Segre se ha convertido en un símbolo de oposición a los nuevos fascismos: a mucha gente le molesta la figura de esta mujer fuerte de noventa y dos años. Desde que Segre es senadora vitalicia la extrema derecha ha liderado todas las encuestas en Italia. Y desde el otoño de 2022 gobierna el país: la posfascista Giorgia Meloni, de Fratelli d'Italia, lidera el ejecutivo en coalición con la Lega de Salvini y la Forza Italia de Silvio Berlusconi. El magnate, recientemente fallecido, fue el gran pionero en el arte del blanqueo de la extrema derecha, el precursor de la actual normalización. Pero, por el camino, el ex Cavaliere ha tenido muchos cómplices.

Fratelli d'Italia es un partido de extrema derecha ultraconservadora, lleno de dirigentes que no pierden la ocasión de hacer saludos fascistas o asistir a cenas en recuerdo de la Marcha sobre Roma, la toma de poder de Mussolini, como por ejemplo el joven gobernador de la región de las Marcas. Y con todo, a la fiesta anual del partido celebrada en diciembre de 2021 asistió la plana

mayor del país. Desde los expresidentes Giuseppe Conte, Matteo Renzi y Enrico Letta (líder del Partido Demócrata) a los directores de los principales periódicos o el presidente de la patronal industrial. Todos desfilaron por la fiesta del partido postfascista, aliado de Vox, Bolsonaro y Orbán, que organiza todos los años para explicar sus propuestas ideológicas. En la edición de 2018 el invitado estrella fue Steve Bannon, y allí reveló que Italia era su apuesta principal en Europa, «el gran experimento» que tenía que lograr que la extrema derecha fuera *mainstream*. «Aportas una cara racional al populismo de derechas. Serás elegida», vaticinó entonces Bannon a Meloni.

¿Y cuál es la situación en Europa? En el Estado español, Vox, tratado como un partido como los demás por parte de la mayoría de los medios, ha empujado todavía más a la derecha al PP. Los populares no han tenido problemas, cuando lo han necesitado, en pactar con los de Santiago Abascal para obtener el poder en los gobiernos autonómicos. En Francia, Marine Le Pen consiguió el 41,5 % en la segunda vuelta de las presidenciales francesas, con 13.297.760 votos. En Italia, la extrema derecha no ha aparecido de la nada con Meloni sino que, en coalición, gobierna desde hace décadas en las regiones del norte. En Hungría y Polonia la extrema derecha está en el gobierno desde hace tiempo y sus líderes son el modelo en el que se inspiran Meloni y Salvini. En Alemania, donde la extrema derecha gana terreno a cada elección, el gobierno alerta desde hace años que el terrorismo ultraderechista es «la principal amenaza para la seguridad nacional». En Suecia, en las elecciones de septiembre de 2022 la segunda fuerza más votada fue la extrema derecha. Se hacen llamar Demócratas de Suecia, una formación con orígenes vinculados al neonazismo, y han conseguido romper el cordón sanitario que hasta entonces les habían hecho los demás partidos: el conservador Ulf Kristersson ha aceptado ser primer ministro con su apoyo.

Y es que incluso la cuna de la socialdemocracia parece haber cedido a la fuerza creciente de la extrema derecha y contribuido a su normalización.

El lector se podría preguntar: más allá de que estos líderes de extrema derecha ambicionen gobiernos autoritarios y copien discursos a Mussolini, ¿de verdad podría volver a repetirse el horror del nazismo y el fascismo? Segre considera que sí y que, además, sería de lo más natural que mientras nos encamináramos a ello no nos diéramos cuenta, porque es un proceso paulatino. La democracia no muere de un día a otro, explica Segre, el fascismo no llega de repente y transforma la gente común en despiadada. Lo más peligroso es que la democracia se pierde poco a poco, sin ser conscientes de ello. Por ejemplo, cuando se aceptan comportamientos o leyes racistas. Segre recalca siempre cuán importantes son las palabras con las que nos comunicamos. Explica que las palabras de odio se tornan dictadura y luego exterminio. «Tengo miedo a la pérdida de la democracia porque yo sé qué es la no-democracia. La democracia se pierde lentamente, en la indiferencia general, porque lo más cómodo es no posicionarse, no tomar partido», explica.

De todo el horror que ha vivido, lo que recuerda con más tristeza Liliana son los aparentemente pequeños actos de indiferencia previos al gran horror. El desinterés de su maestra ante el hecho de que la expulsaran por ser judía. Las risas y las burlas que oían desde el interior del tren que los deportaría al campo de exterminio por parte de quien se lo miraba desde fuera, algunos muy jóvenes. Eran personas que no entendían bien qué ocurría, pero tampoco les interesaba profundizar en ello; simplemente aprovechaban la situación para escarnecer a los más vulnerables. Por eso, Liliana siempre que puede hace una llamada a los más jóvenes: «No dejéis que os anestesien las conciencias». Y es que Segre ha aprendido en su pro-

pia piel que la indiferencia, tanto entonces como ahora, es la condición necesaria para el triunfo del fascismo.

Esto también lo sabe muy bien la filósofa Marcia Tiburi, que tuvo que huir de su país natal, Brasil, por las amenazas de muerte de los fascistas. Con ella iniciamos las entrevistas. Mucho antes de que Jair Bolsonaro llegara al poder, Tiburi alertó que se estaba produciendo un giro a la derecha en el sentido común de la sociedad. Le decían que era una exagerada y, en cambio, tenía razón. Se estaba labrando el terreno para la llegada de un líder autoritario. «Detectaba que las personas ya no tenían vergüenza de decir que eran racistas. Antes tenían vergüenza de expresar su homofobia y de repente, ya no», explica. Es exactamente lo mismo que recuerda Liliana Segre de la época previa a la instauración del régimen de Mussolini. Y lo mismo que ha ocurrido en Italia y en muchos otros lugares del mundo. En el libro intentaremos explicar por qué, y lo haremos a través de la mirada de ocho personas especializadas en extrema derecha que considero referentes, cada una en sus ámbitos.

Las mentiras que utiliza la extrema derecha en todo el mundo para atacar a los rivales políticos siguen unos patrones comunes. Por esto, aunque Bolsonaro ya no esté en el poder, la entrevista con la filósofa es muy reveladora. Tiburi nos habla de uno de los patrones más difundidos, el de acercar homosexualidad a pedofilia y acusar de pedófilos a los rivales políticos. «Decir que la extrema izquierda es pedófila es esencial para la extrema derecha», nos dice. En el Estado español, Brasil, Italia, en Estados Unidos. Y en Hungría, donde Viktor Orbán ha hecho de ello una de sus batallas primordiales. En Italia, la primera ministra Meloni y el viceprimer ministro Salvini han expresado en incontables ocasiones su admiración hacia Orbán y la manera en que gobierna el país. Una manera autoritaria, de hombre fuerte en el poder —como nos explicará la historiadora especializada en estudios

italianos y totalitarismos Ruth Ben-Ghiat—, que es a lo que aspiran todos estos líderes políticos de la nueva extrema derecha de los que hablaremos en las entrevistas.

Descubrí a Ruth Ben-Ghiat en 2017 por un interesante artículo suyo en el *New Yorker* sobre la pervivencia del fascismo en Italia, a partir de los monumentos fascistas que señorean las ciudades de todo el país y, en especial, en la capital. El artículo levantó mucha polvareda y rechazo (mediático y político, y desde todos los espectros) en una Italia poco propensa a la autocrítica. A mí me hizo sentir menos sola: Ben-Ghiat plasmaba exactamente la sensación que había tenido yo una década antes, al llegar a Roma, y que hacía años que intentaba transmitir en las crónicas en el periódico o en las conferencias. Ben-Ghiat hablaba, a partir de los monumentos que invaden el espacio público, de uno de los temas a los que he dedicado más horas: la normalización y el blanqueo del fascismo en Italia. Las reacciones mayoritarias que generó (entre el rechazo y el estupor) confirman que, desgraciadamente, para una buena parte de los italianos las cosas ya están bien como están.

En el artículo, titulado «Why are so many fascist monuments still standing in Italy?», la historiadora estadounidense explicaba que la ciudad está llena de monumentos imponentes que ensalzan el fascismo. Y se preguntaba cómo es posible que Italia, a diferencia de otros países —como Francia, EE. UU., Alemania...—, no haya ni siquiera intentado acabar con su pasado en los espacios públicos. ¿Cómo es posible que el país que venció al fascismo exhiba con orgullo todos los monumentos fascistas o una inscripción gigante que reza «Duce», sin ningún tipo de contexto histórico? La transición del fascismo a la democracia no fue tan modélica como puede parecer desde fuera, pese a la envidia con que solemos mirarla desde el Estado español, donde Franco se nos murió de viejo y no cabeza abajo.

El monumento fascista que más llama la atención es el del denominado Coliseo Cuadrado, oficialmente Palacio de la Civilización Italiana, un imponente edificio proyectado para celebrar el vigésimo aniversario del régimen de Mussolini y la Exposición Universal de 1942. La joya de la corona del EUR, el barrio ideado por el régimen para la ocasión. El Estado italiano declaró el Coliseo Cuadrado bien de interés cultural en 2004, y la firma de lujo Fendi lo tiene alquilado por dos millones de euros al año desde 2013 hasta 2028. El paradigma perfecto de la banalización: una obra proyectada para ensalzar de forma majestuosa el fascismo se ha convertido en un precioso decorado de moda de lujo, reclamo publicitario sinónimo de glamur y postal de turistas que solo se llevarán el recuerdo de lo bonito que es el Coliseo Cuadrado.

En el edificio hay grabada, presidiéndolo, esta frase que habla de los italianos: «Un pueblo de poetas, de artistas, de héroes, de santos, de pensadores, de científicos, de navegadores, de aviadores». La frase es de Mussolini y está preñada de un significado preciso, violento, supremacista, colonizador. Está sacada de un discurso del Duce de 1935 para anunciar y justificar la invasión de Etiopía, país que pasaría a ser colonia italiana y donde el fascismo puso en práctica sus atrocidades racistas. Sin embargo, muchos italianos la utilizan como si fuera un dicho antiguo, sin conocer su origen. Como quien recita a Dante. Es el peligro de no haber acabado con el fascismo, de haber tratado los monumentos erigidos para ensalzar a Mussolini y el régimen como meras obras estéticas sin significado, ajenas a la conciencia del horror que glorifican.

Italia es una república erigida sobre la base de una Constitución antifascista, redactada por todas las fuerzas que combatieron el régimen de Mussolini: desde la democracia cristiana hasta los comunistas. El 25 de abril, día de la Liberación del nazismo y el fascismo, es fiesta

nacional. Además, la apología del fascismo está prohibida. Pero esa es la teoría. La realidad, desgraciadamente, es bien distinta. El ejemplo más palpable es Predappio, el pueblo natal de Mussolini, donde está enterrado el dictador. Es, lisa y llanamente, un parque temático del nazifascismo. Hay tiendas de recuerdos donde se puede encontrar desde baberos para bebés con esvásticas y la cara de Hitler hasta bates de béisbol con citas de Mussolini; pegatinas y chapas con todos los símbolos nazis imaginables o pósteres de una bota militar aplastando la cabeza de un hombre negro y las palabras «White Power». Desde hace tiempo, nazis y fascistas de todo el mundo peregrinan hasta Predappio para honrar a *Il Duce*.

Con el fotoperiodista Jordi Borràs encontramos algunos de estos nazis en peregrinación cuando visitamos Predappio y la casa natal de Mussolini, adquirida por unos devotos fascistas que la han convertido en un mausoleo de apología a su figura. Para entrar tuvimos que hacernos pasar por franquistas y fascistas convencidos —vetan la entrada a periodistas— y conseguimos que nos mostraran los rincones más privados de Mussolini (las cartas a las amantes, las armas que nos pusieron en mano, las anotaciones de la agenda de su despacho...) y nos explicaran todos sus secretos. La desconcertante experiencia la recogimos en los libros *Feixisme persistent/Fascismo Persistente* (2020-2023) y *Tots els colors del negre* (2022).

Borràs, uno de los máximos expertos en extrema derecha de nuestro país, es un imprescindible. En mi caso, literalmente: además de ser compañero de aventuras entre nazis es un amigo generoso de los que siempre están ahí. En la entrevista que le hizo Jordina Arnau, Borràs hace un repaso exhaustivo de la historia y la situación de la extrema derecha en Cataluña y en el Estado español.

De la entrevista a Borràs destacaría la parte en la que nos cuenta cómo Cataluña se convirtió, desde finales de los años sesenta, en un centro propagandístico neonazi mundial. Fue gracias a una parte de la alta burguesía catalana, instruida y filonazi, y a antiguos oficiales de las SS, como Léon Degrelle, que fundaron CEDADE (Círculo Español de Amigos de Europa). Borràs nos explica que CEDADE «fue la organización neonazi más potente de Europa e, incluso, del mundo, tras la caída del Tercer Reich». En el Estado español la extrema derecha se ha concentrado en tres puntos geográficos: Madrid, Valencia y Barcelona. En Madrid, donde está el poder político, la extrema derecha históricamente ha formado partidos. La Comunidad Valenciana ha sido tierra de escuadrismo. Y Cataluña ha acogido la intelectualidad de extrema derecha. Es decir, ha sido un laboratorio de ideas. Ideas financiadas, claro está, que es el punto más importante.

Una de mis obsesiones desde hace años es recordar cuán falso es el mito de que al fascismo se le derrota leyendo y viajando, y el clasicismo que implica esta creencia. Como si no hubiera nazifascismos de lo más cultos, como si Hitler y Mussolini no hubieran sido unos grandes lectores y no se hubieran rodeado de toda una intelectualidad nazi y fascista. Pero, sobre todo, como si el auge del fascismo fuera culpa de los pobres ignorantes que no han podido invertir tiempo y dinero en formarse y viajar, y no de poderosos con muchos recursos e instrucción, que son los que mueven los hilos de las estudiadas estrategias que hay detrás de los movimientos de la nueva ola de extrema derecha. O de quienes los financian, los blanquean, los legitiman.

Señalar a la clase trabajadora como culpable del auge de los nuevos fascismos es un error miope. Hay que apuntar siempre hacia arriba, y no hacia abajo, para combatir el fascismo. La reflexión que debería hacer la izquierda que quiere estar al lado de la clase trabajadora es

por qué esta se siente tan a menudo huérfana de representación política y desamparada, y qué responsabilidad tienen las izquierdas, sobre todo la socialdemocracia, en este estado de desengaño generalizado.

Cuando el centroizquierda está en el gobierno y se dobliga bajo los poderes fuertes facilita mucho la labor a esta nueva extrema derecha que finge estar al lado «del pueblo» y contra «las élites» o «la casta». Cuando la extrema derecha hace esto miente sin pudor, evidentemente. Detrás de la retórica renovada y pseudocopiada de la izquierda hay siempre ideas, programas e intenciones bien a mano derecha y siempre a favor de los intereses más poderosos y contra las clases populares.

Pero precisamente porque el fascismo no se cura leyendo —porque no es un problema de ignorancia, sino de poder y de ideología criminal—, los nuevos movimientos de extrema derecha tienen potentes *think tanks* que han identificado las mejores estrategias a seguir, analizando las fallas de los rivales. No es casualidad que en todo el mundo la nueva derecha radical populista siga los mismos esquemas. El auge de hoy es fruto del trabajo realizado desde hace muchos años. El origen intelectual de los movimientos actuales lo podemos encontrar en la *Nouvelle Droite* francesa, con el pensador Alain de Benoist al frente.

Durante el Mayo del 68 francés un grupo de intelectuales de extrema derecha constataron una evidencia: que las ideas de izquierdas seducían a los jóvenes mientras que las ideas de derechas eran vistas como anticuadas y miserables. Y decidieron invertir tiempo y dinero en revertir la situación. Estudiaron bien al enemigo, se empaparon de los pensadores de referencia de la izquierda. Supieron sacarles herramientas útiles para aplicarlas a sus fines. Un claro ejemplo es el concepto de hegemonía cultural de Gramsci. La extrema derecha aprendió que no

era necesario llegar al gobierno para tener poder. Que lo importante era penetrar en todos los aspectos de la sociedad, marcar la agenda de los medios, dirigir los discursos del resto de partidos hacia sus temas preferidos, influir socialmente para levantar el listón de lo que se considera aceptable.

Y esto es lo que han hecho desde entonces, para intentar, y en buena parte lograr, que el sentido común se desplace cada vez más a la derecha. Es más sencillo de lo que puede parecer. Por ejemplo, hay que ir repitiendo barbaridades que los medios difunden (a menudo, acríticamente) hasta que dejan de escandalizar. Otra estrategia ha sido la de presentarse (en lo que respecta a la estética y la retórica, básicamente) como movimientos contraculturales, alternativos, contra las élites, cuando en realidad son reaccionarios, a favor del *statu quo* y más pro sistema que el sistema mismo (son sus hijos predilectos). Conseguir hacer pasar por incorrección política los ataques hacia los más vulnerables o negar derechos humanos, por ejemplo, es una victoria de esta estrategia.

Cas Mudde es uno de los politólogos de referencia para todos los que, desde distintos ámbitos, nos dedicamos a investigar la extrema derecha. Ha hecho muy buen trabajo clarificando conceptos, como queda patente en la entrevista. Además, me parece muy interesante la crítica que él, que se define como socialdemócrata, hace a la socialdemocracia. Para Mudde, la socialdemocracia debería reformularse para adaptarse al siglo actual. Y es que «la socialdemocracia se ha construido sobre los pilares de la superioridad blanca, el patriarcado y la heteronormatividad», afirma.

A través del historiador Mark Bray nos centramos en este punto: la fuerza del antifascismo ha de venir desde abajo. Porque el fascismo siempre se arrima al poder, sería ingenuo creer que será el poder quien lo combatirá.

Demasiados intereses convergentes. A los políticos se les debe exigir que sean antifascistas, pero es un requisito de mínimos: ser demócrata ha de significar, naturalmente, ser antifascista. Con todo, Bray, como buen libertario, va más allá del parlamentarismo y critica la visión liberal que presupone que las instituciones democráticas por sí solas son suficientes para parar los pies al fascismo. Es necesario un movimiento antifascista que vaya más allá de las instituciones: para impedir que los fascistas lleguen al poder hay que frenarlos desde la autoorganización popular. En este sentido son necesarios unos movimientos sociales fuertes, un tejido asociativo potente, un movimiento vecinal activo, construir redes solidarias..., es decir: combatir y desactivar el fascismo desde la calle, desde los barrios.

Algunos académicos mantienen discusiones interminables desde los despachos sobre quién puede definirse como fascista y quién no, o incluso si es apropiado utilizar en la actualidad el término o si habría que reservarlo para el fascismo histórico de la primera mitad del siglo xx. Bray ofrece una solución práctica: el concepto de *espectro fascista*. «No existe una línea exacta para separar qué es fascismo de qué no lo es». «Normalmente hablo de un espectro fascista y hay partidos y grupos que se sitúan de manera diversa en ese espectro», nos aclara el historiador. Me parece un hallazgo muy interesante, ya que el concepto de *fascismo* no es cerrado sino que se amolda a los tiempos. Los nuevos fascismos saben vestirse con nuevos uniformes. Ya lo explicó el filósofo y semiólogo italiano Umberto Eco, que nos dejó escritos los rasgos que los hermanan para poder distinguirlos en un futuro. Entre estos, el culto a la tradición y a la acción; el nacionalismo y la xenofobia; el rechazo a la diferencia y a la debilidad; el elogio de la lucha constante y el machismo; el recurso a un supuesto peligro permanente contra un enemigo externo y la persecución de la disidencia. Eco

lo hizo en una conferencia en 1995 en la Universidad de Columbia, después recogida en forma de libro —en castellano, con el nombre de *Contra el fascismo*.

Quien sabe mucho de nuevos fascismos es el colectivo Proyecto Una, que analiza el comportamiento de la extrema derecha en las redes y, a su vez, lleva a la práctica un antifascismo que es una bocanada de aire fresco. Para Proyecto Una, esta nueva ola de extrema derecha ya ha nacido dentro de las redes sociales, y no se la puede combatir sin entender su comportamiento en internet. Proyecto Una nos explica que esta nueva extrema derecha —que ideológicamente bebe del pasado y de nueva tiene bien poco— en la práctica ha copiado sus estrategias en las redes de los movimientos sociales, de la izquierda. Han estudiado bien al enemigo y han copiado de él todo lo que funcionaba, para utilizarlo en su contra.

Proyecto Una señala que lo más importante de las redes sociales son los efectos que tienen en la realidad de las personas, «aquello que generan». Son instrumentos para una estrategia. En el caso de la extrema derecha, las campañas en las redes han contribuido en buena medida a mover lo que llamamos ventana de Overton. Han ampliado los marcos de lo posible de aceptar por una sociedad. «Han puesto sobre la mesa barbaridades como cuestionar que cierta gente tenga derechos humanos y han hecho posible la imagen de una manifestación neonazi en Chueca o el acoso a las personas que cruzan la verja de Ceuta jugándose la vida. Generar un imaginario como hacen a través de las redes hace que los límites de lo posible se muevan hacia los postulados fachas y supremacistas, que es lo que quiere esta gente», explican.

También es muy interesante ver cómo el antifeminismo ha unido a toda la extrema derecha. Proyecto Una nos habla de la «manosfera», que ha sido nido y aglutinador de la nueva extrema derecha. «Esto se ve muy

claro en Estados Unidos. Había descontento porque la masculinidad estaba perdiendo privilegios con el auge del feminismo, esto generó un vacío existencial en ciertas personas que la extrema derecha detectó y, a partir de ahí, se dirigió a este público a quien se presentaba como su solución», apuntan. Proyecto Una rehuyen los planteamientos tecnicistas y academicistas y apuestan por un antifascismo popular, fresco, alegre y, naturalmente, feminista. «El nuevo antifascismo debe incluir el feminismo, el ecologismo, los unicornios o el reguetón», aseguran. Y tienen claro cuál es el objetivo final: lograr que quien batalla en Twitter/X contra el racismo «termine yendo a la asamblea antifascista de su barrio».

El racismo estructural que existe en la sociedad, sumado a los diversos contextos de desigualdad que provocan las crisis económicas y sociales, es un caldo de cultivo perfecto para la extrema derecha. Hablamos de ello con Moha Gerehou, periodista y activista antirracista que hace suyas las palabras de Adama Dieng, asesor de la ONU en prevención de genocidios: «Todos los genocidios de la historia empiezan con discursos de odio», y apunta que la mayor derrota para la democracia es haber aceptado los discursos de la extrema derecha como parte de la cotidianidad.

Gerehou nos recuerda que para combatir la extrema derecha los movimientos sociales deberían salir del marco de la reacción. «Estar en una dinámica de enfrentamiento constante al principio tiene un elemento motivador, pero, a la larga, desmotiva», explica, y avisa que lo que hay que hacer es plantear horizontes optimistas y definir bien hacia dónde se quiere ir. Para invertir un sistema que no funciona primero hay que creer que somos capaces de ello, explica.

Esta nueva extrema derecha ha tenido a menudo en los medios de comunicación los cómplices perfectos.

«Hace falta una cultura antirracista y feminista en las redacciones. Siguen siendo eminentemente blancas y masculinas, sobre todo en las instancias de poder», dice Gerehou, que denuncia, también, que demasiado a menudo los medios han tratado la extrema derecha como un espectáculo.

De esto también hablamos con otra gran periodista, Olga Rodríguez, una de las fundadoras de *EIDiario.es*, especializada en derechos humanos e información internacional, que nos recuerda que «la información de calidad es la base de la democracia», porque «una sociedad mal informada es fácilmente manipulable». Rodríguez señala una obviedad que últimamente parece que muchos medios han olvidado: «los hechos existen, aunque ahora nos quieran convencer de que no». Rodríguez hace una crítica radical a la equidistancia: «Este discurso que sitúa al mismo nivel el violador que la persona violada o el oprimido y el opresor es terrible y tiene su origen en este relato formateado de la Transición, que se ha decidido que es intocable e inamovible». Y añade: «Es como la impunidad. La impunidad del franquismo explica muchas cosas sociológicamente y todavía lo contamina absolutamente todo».

Rodríguez hace una radiografía precisa del estado precario del periodismo en el Estado español, que considera que tiene una terrible carencia de cultura de derechos humanos, y explica por qué no se puede dar voz a los fascistas ni debatir con ellos. «En la televisión se permite debatir sobre los derechos humanos, y esto significa que estamos en el abismo y que nos hacen falta herramientas democráticas a la altura de las circunstancias», dice. Rodríguez, luchadora incansable en favor de la memoria histórica, nos recuerda que el antifascismo tiene que empujar de abajo arriba y centrarse en mejorar la salud de los medios de comunicación, pero también de la educación.

Todos los que hemos participado en este libro coincidimos en este punto: para combatir la extrema derecha el primer paso es conocerla. Con la ayuda de las entrevistas en profundidad que vienen a continuación, esta guía pretende proveer al lector de las herramientas para lograrlo: poder identificar los nuevos fascismos y desmontarlos. Un gigantesco gracias a todas las personas entrevistadas para acceder de tan buen grado a formar parte del proyecto, al amigo Miquel Ramos por el oportuno epílogo y a Maricel Oro y Nogay Ndiaye Mir por la ayuda con las traducciones. Y, naturalmente, a Jordina Arnau, que se ha encargado de la parte práctica de las entrevistas y con quien hemos recorrido juntas la aventura de este libro.

Alba Sidera



«No vi ninguna otra salida que el exilio para preservar mi vida»

Marcia Tiburi

(Brasil, 1970) Es doctora en Filosofía, escritora, profesora universitaria y activista defensora de los derechos humanos. Es autora de los libros *Feminismo em comum: para todas, todes e todos* (Roda dos tempos, 2017) o *Como conversar com um fascista* (Record, 2015) —este último, publicado en castellano en 2018 por Akal. Es una pionera y una referente. Mucho antes de que Jair Bolsonaro llegara al poder, Tiburi advirtió de la llegada de un nuevo fascismo. Detectó que la gente perdía la vergüenza de expresar abiertamente el racismo y la homofobia y avisó que Bolsonaro sería presidente. La tildaron de exagerada, pero tenía razón. Y nos hace una revelación extrapolable a todas partes: cree que, aparte del beneficio personal que pueda obtener de ello, detrás del apoyo que los grandes empresarios y banqueros brasileños dan a Bolsonaro se oculta el odio

hacia los pobres. «Brasil es un país colonizado. Es verdad que los grandes ricos de todo el mundo tienen odio contra los pobres pero en Brasil existe un delirio especial», asegura. Su compromiso en la denuncia de los peligros de la extrema derecha le ha supuesto acoso y amenazas de muerte, y por eso debe vivir exiliada desde 2018. Su testimonio hace estremecer y, como ella misma nos dice, la situación personal en la que se encuentra por haber plantado cara a la extrema derecha es síntoma y metáfora de lo que ocurre en Brasil. Según Tiburi, Brasil se halla en estado de excepción. Conversamos con ella desde París, adonde la ha llevado el exilio.

La extrema derecha te ha obligado a exiliarte. ¿Quién es el responsable de que hayas tenido que irte de tu país, exactamente?

Mi caso es bastante específico. Los últimos ocho años, en Brasil, he sido una profesora y una intelectual con mucha actividad pública y he hecho muchas críticas al sistema. Las cosas empeoraron cuando publiqué *Cómo conversar con un fascista*,¹ porque fue el momento en que en Brasil todo empezaba a ir a peor a diario. Hay que tener en cuenta que el año 2016 se había producido el golpe de Estado y que la situación era realmente dramática. El año 2018, en un último esfuerzo por intentar cambiar la situación que estábamos viviendo, me presenté como candidata al gobierno del estado de Río de Janeiro. El hecho de presentarme no estaba nada previsto ni en mi vida ni en mi trayectoria profesional, pero lo hice ante la multitud de amenazas y persecuciones de las que había empezado a ser objeto. En Brasil hay muchos grupos fascistas financiados por grandes empresarios nacionales e internacionales que se dedican a hacer agitación. En mi caso, por ejemplo, invadían cualquier presentación pública que tuviera programada y me amenazaban de muerte a mí y a los míos. También quiero recordar el caso de Marielle Franco. Ella era concejala de Río de Janeiro y fue asesinada a tiros en la calle. Yo recibí muchas amenazas y sufrí persecuciones que todavía continúan. Me pregunto, realmente, por qué.

¿Y qué respuesta le encuentras?

Que soy una persona que critica, que piensa, que propone y reclama una sociedad democrática que tenga como base el diálogo. Mi situación es un síntoma o una

1. TIBURI, Marcia. *Cómo conversar con un fascista*, Madrid, Akal, 2018.

metáfora de lo que está ocurriendo en Brasil. Quien está contra el gobierno está amenazado. Personalmente, yo no veía ninguna otra salida que el exilio para garantizar mi seguridad, para preservar la vida.² Primero me exilié a Estados Unidos, en una institución que protege a escritores perseguidos en todo el mundo. Estuve allí unos cuatro o cinco meses y, finalmente, recibí una invitación de una universidad de París donde hoy soy profesora. Quiero dejar claro que es una situación de exilio, no es una situación que haya decidido voluntariamente. Me gustaría poder estar en Brasil, pero no es posible porque yo y aquellos que me rodean estamos amenazados de muerte.

¿Quiénes son los responsables directos de estas amenazas de muerte?

El problema es grande porque estamos hablando de un sistema de apología del odio. Un sistema en que el odio funciona como combustible, como una especie de movimiento eterno que produce más y más odio. Y sí, tenemos nombres concretos como el Movimiento Brasil Libre (MBL). Es un movimiento de fascistas que ahora intenta disimularlo y que está tratando de situarse a la contra de Bolsonaro, pero que han perseguido a artistas e intelectuales para intentar causar una conmoción moralista. Por ejemplo, en Brasil se hizo una exposición *queer*, patrocinada por la fundación del Banco Santander, que hubo que clausurar a raíz de una gran campaña porque los de Brasil Libre acusaban a los artistas de pedófilos. Los miembros de este movimiento también tuvieron un peso muy importante en el golpe de Estado de 2016 y en toda la producción de propaganda favorable a Bolsonaro

2. Jair Bolsonaro, del Partido Liberal, perdió las elecciones presidenciales de Brasil que tuvieron lugar el mes de octubre de 2022. Ganó el candidato de izquierdas Luiz Inácio Lula da Silva con un 50,9 % de los votos, quien gobierna desde el 1 de enero de 2023 el país.

y su entorno. Quiero insistir en que esta extrema derecha ha sido financiada por capitalistas del país y de fuera que tenían interés en que Bolsonaro tomara el poder y han creado muchas situaciones terribles. Un día, por ejemplo, fui a hacer una entrevista de radio y dos jóvenes de este movimiento entraron en el estudio con el beneplácito del periodista, que era amigo mío. Yo no me lo podía esperar de ninguna manera. Este hecho explica el clima que se vive en el país. Este movimiento es muy responsable de mi exilio. Durante 2018, como decía, invadieron todas las presentaciones y todos los eventos públicos que realicé o en los que participé. Una cosa importante es que, en el Estado español, he visto la propaganda que la extrema derecha utiliza en Brasil.

¿Cuál es este tipo de propaganda?

Cortes de vídeo que relacionan la pedofilia y la izquierda, por ejemplo. Decir que la izquierda es pedófila es un elemento fundamental para la extrema derecha y ha sido clave en Brasil. La retórica de la extrema derecha de hoy se hace, en gran parte, a partir de elementos propios de la cuestión del género y la sexualidad.

¿Cómo influye, en tu caso, el hecho de ser mujer?

Influye directamente. La campaña de difamación que han hecho contra mí consiste en distorsionar elementos de mis discursos. Por ejemplo, yo digo cualquier cosa que no les gusta y crean un pequeño vídeo o meme con ese momento, lo repiten y lo envían por grupos de WhatsApp a millones de personas. Hoy no solo estoy amenazada por treinta o cuarenta personas del Movimiento Brasil Libre, sino que su persecución se ha extendido porque han difundido mi cara y mi vida a través de su web y de su página de Facebook. Me han vendido como la antagonista de Bolsonaro, pero ¿quién era yo? Solo era una candidata y escritora, una profesora de Filosofía.

Cuando escribiste *Cómo conversar con un fascista*, te tildaron de exagerada. ¿Qué es lo que empiezas a detectar para escribir un libro como este?

Con este libro quería sensibilizar y hablar de la presencia del fascismo en la vida cotidiana. Percibía que en las reuniones familiares, en las calles y en todas partes existía un endurecimiento de los discursos de odio. Estaban reviviendo todos los clichés fascistas que se habían utilizado anteriormente en España o Alemania. Conozco, especialmente, qué ocurrió en Alemania porque llevo toda la vida estudiando filósofos alemanes e hice el doctorado sobre los pensadores que reflexionaban sobre el fascismo. Cuando empecé a percibir qué ocurría en Brasil tenía elementos históricos para argumentar todo aquello que decía. Cuando escribí *Cómo conversar con un fascista*, evidentemente, no proponía una táctica de conversación con personas que no tienen voluntad de conversar o competencias cognitivas para hacerlo, sino que quería expresar el problema con el que nos encontraríamos en un futuro. Quería advertir que el fascismo estaba entre nosotros y la gente lo negaba. Recuerdo que, cuando decía que Bolsonaro sería presidente de Brasil, me decían que estaba loca. Es cierto que Bolsonaro no era nada popular, pero estaba utilizando toda la tecnología política para serlo y lo hizo con una guerra contra un diputado gay que era muy idolatrado, Jean Wyllys. Hizo guerra contra él creando un discurso de odio contra su persona. Cuando el MBL crea cualquier tipo de polémica, los fascistas toman popularidad. Tenemos un gran problema en todo el mundo. El fin de la política se da justamente porque estamos en el tiempo de la publicidad.

¿Qué es lo que detectabas, concretamente, en los inicios de esta etapa en Brasil?

Detectaba que las personas ya no tenían vergüenza de decir que eran racistas. Antes sentían vergüenza de

expresar su homofobia y de repente, ya no. Era como si todas las fobias que conocemos fueran una cosa buena que se vanagloriaba y servía para hacer vídeos diciendo cosas odiosas contra personas como Jean Wyllys. La gente le tenía miedo cuando andaba por las calles haciendo campaña porque representaba el mal. También había mucho odio contra el Partido de los Trabajadores (PT), un partido que ha sufrido mucho. En 2018 yo formaba parte del Partido Socialismo y Libertad, pero cuando vi el odio contra el Partido de los Trabajadores, me afilié a él. Era un momento de demostrar una contraposición a todo lo que estaba ocurriendo. Como consecuencia, las cosas empeoraron para mí. Lo explico porque no tengo ningún tipo de arrepentimiento y pienso que es necesario poner en escena la importancia de la ética, la importancia de unirnos y luchar contra el fascismo. Creo que hoy en día tiene que ser una lucha constitucional y de acciones no violentas. Acciones lingüísticas y políticas. El propio Jean Wyllys ha acabado afiliándose al PT y mucha otra gente, también. Creo que es una solución para demostrar a la gente que la cuestión política y las instituciones deben funcionar y que los partidos, en este momento, son absolutamente importantes.

En el libro describes que estamos en tiempo de alerta, también más allá de Brasil. ¿Por qué?

Porque nunca habríamos imaginado que un país como Brasil, que celebra el carnaval, que tiene playas preciosas y que tiene una población tan simpática, fuera capaz de llegar a ser fascista. Debemos entender que el fascismo no es ninguna tontería y no es solo una ideología. El fascismo es una tecnología política y es muy importante para el neoliberalismo.

Título original:
Guia pràctica contra l'extrema dreta
© Pagès editors, 2022

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte de España a través de la Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura

- © del texto: Alba Sidera Gallart y Jordina Arnau Roig, 2023
- © de las fotografías: sus autores y archivos correspondientes, 2023
- © del epílogo: Miquel Ramos, 2023
- © de la traducción: Jordi Vidal Tubau, 2023
- © de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2023
Sant Salvador, 8 – 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición: noviembre de 2023
ISBN: 978-84-19884-51-0
DL: L 736-2023
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.